

HURTADO DE MENDOZA, DIEGO (1503-1575)

EPÍSTOLAS

EPÍSTOLA I

A Marfira Damón salud envía,
si la puede enviar quien no la tiene,
ni la espera tener por otra vía.

El tiempo es corto, la ocasión no viene,
la esperanza es dudosa, y esperar
en mal desesperado no conviene.

Amor manda escribir y no hablar;
al mal agudo el remedio presto,
si ciega a la razón el desear.

Yo quisiera dejar de hacer esto,
mas despreciar a Amor es peligroso,
que reina en mis entrañas y tu gesto.

Tú contenta, Marfira, yo quejoso,
o me mata o acaba de valerme,
que en la muerte o la vida está el reposo.

En ningún medio puedo sostenerme
estando los extremos tan llegados
que me hayas de valer o aborrecerme.

Si quisiese contarte mis cuidados
no sé si mi paciencia bastaría,
que aun para dichos son desesperados.

La tuya sé que no lo sufriría,
pues no podrás mudar tu condición
que es jamás agradarte cosa mía.

En otro tiempo valíerame razón,
pudíerame quejar y ser oído,
aunque nunca me vino la ocasión.

Ni vino ni la espero ni la pido;
antes la dejaría si viniese,
por no perderme en ella de atrevido.

Mas ¿qué perdería yo aunque me perdiese,
que no ganase más en la experiencia
si tu merced, señora, lo entendiese?

Amor, amor, esfuerzos son de ausencia
que finjo yo entre mí solo conmigo,
y todos me fallecen en presencia.

Tú serás, aunque parte, buen testigo
cuántas veces me vi determinado
a decirte, señora, lo que digo.

Allí muriera yo desesperado
cuando vi que pudieras entender
lo que yo no te dije de turbado.

Desde aquel punto comenzó a caer
del todo mi esperanza y tu memoria;
ni yo supe hablar ni tú creer.

Bien sabes que es soberbia más que gloria
perseguir al que sigue la Fortuna,
y vencer al vencido no es vitoria.

La sentencia me dieron en la cuna
que fuese en tú escoger mi vida o muerte,
y yo que no escogiese otra ninguna.

Marfira, si trocásemos la suerte
y fuese yo contento y tú quejosa,
tú a seguirme, yo siempre a aborrecerte,

siendo tú como eres tan hermosa,
tan lejos estarías de olvidada
cuanto agora lo estás de piadosa.

¿Cómo puedes salir aderezada?
¿Cómo coger en oro tus cabellos?
¿Cómo mirar a alguno y ser mirada?

Si miras a los hombres por vencellos
y olvidallos después que son vencidos,

lo que ha sido de mí podrá ser de ellos.

Mas ¡ay de mí! que no va en los vestidos,
sino en ser tan cruel tu voluntad

y en tener tan cerrados los oídos.

¿Para qué te demando yo piedad,
que no valgo la pena del desvío
ni merezco temer tu crueldad?

Mas ¿qué haré, que place al señor mío,
por quien mi corazón es gobernado
que viva en opinión y desvarío?

Fortuna, que me puso en tal estado,
quizá se mudará, pues es mudable,
que yo nunca saldré de este cuidado.

Cuanto mal hace amor es razonable,
si el remedio va fuera de esperanza
y no se puede ver sin que se hable.

No sé por qué deseo esta mudanza,
que siempre lo que espero es lo peor;
¡ved cuán lejos estoy de confianza!

Contrastan en mi pecho odio y amor,
son el uno y el otro de tu parte
y entrambos contra mí por mi dolor.

Ya yo sería contento de mirarte,
si no perdiese el seso y la paciencia
con el miedo que tengo de enojarte.

Mas es de tal manera mi dolencia,
que con cualquier remedio crece el daño
y con medio ninguno tu clemencia.

Andando entre sospecha y desengaño,
me ciego y desvarío en la certeza
y, en lo que mejor veo, más me engaño.

Múdese Amor que yo terné firmeza,
aguece y emponzoñe bien sus flechas
en aborrecimiento y ligereza.

Al corazón me vengan bien derechas,
pesadas, porque hieran al caer,
por importunidades y sospechas.

Y tú, señora, muestra tu poder
en perseguir del todo un mísero hombre
que no tiene ya cosa por perder.

No ganarás en ello gran renombre,
que del cuitado cuerpo y sus porfías
no me ha quedado más de sombra y nombre.

Tú vives y yo doy fin a mis días,
tú vences mas no huelgas con mi muerte,
porque hago en morir lo que querías
y esto tengo por vida y buena suerte.

EPÍSTOLA II

Hay una, quien quisiere saber de ella
oiga que Dipsas dicen que se llama,
es vieja, que holgaréis de conocella.

De los lazos y telas que ata y trama
le vino el nombre que tan bien le viene
de alcahueta y hechicera fama.

Gran mando el sacro Baco en ella tiene:
jamás vio sol que no se hallase llena
del falerno licor que la entretiene.

Parece que no tiene sangre en vena,
vieja, arrugada, sucia, fiera y fea,
que su mismo semblante la condena.

Sabe todas las artes de Medea,
las hierbas y las piedras más patentes
y sabe cada cual lo que desea.

Volver hace a sus fuentes las corrientes,
hace el cielo sereno estar nublado
y al nublado con rayos refulgentes.

Yo vi, si me creéis, el estrellado
cielo gotas de sangre distilando
y el orbe de la luna ensangrentado.

Pienso que ésta de noche anda volando
entre nocturnas sombras, bruja hecha,
con pluma el viejo cuerpo cobijando.

Es fama, y antes tuve yo sospecha,
que goza de doblada vista el ojo
de la putana vieja contrahecha.

Nadie la puede ver que no haya enojo,
tal es su sucio gesto y mal semblante,
que parece diabólico despojo.

Hiende la fría tierra en un instante
y provoca las almas del infierno,
do furia no hay a ella semejante.

No se le escapa niña o niño tierno
cuya sangre no chupe, mengüe o beba,
trayendo el diablo siempre en su gobierno.

A do quiera que va contino lleva
el cuello de un rosario rodeado
con que a las simplecillas mozas ceba.

A dicha o a desdicha fui llegado
a parte do su mal consejo daba
a quien de hermosas damas es dechado.

Tales palabras la malvada hablaba
a la presente bella que tenía;
yo, detrás de una puerta, la escuchaba:

«Bien sabes, clara luz del alma mía,
que ayer te vio y habló aquel bel mancebo
y dijo que eras toda su alegría,

»mas ¡tal es tu hermosura, tal el cebo,
que tu vista derrama! ¡Si tuvieras
que tu vista derrama! ¡Si tuvieras

»tan dichosa pluguiera a Dios que fueras
como eres más hermosa que ninguna,

que yo sé que quizá me socorrieras!

»Mas fue te muy contraria la Fortuna
con la estrella de Marte; pero mira
que coyuntura viene ahora oportuna:

»un nuevo y rico amante que sospira
por agradarte y muere por servirte
y lo que has menester todo lo mira.

»De su beldad no quiero yo decirte
más de que me parece que debrías
pedirle sin del todo a él rendirte.

»Si fingieses vergüenza, medrarías,
pero si la tuvieses verdadera,
mucha ganancia sé que perderías.

»Cuando con ojos bajos, a manera
de quien está confusa, lo mirares,
has de mirar allí qué trae cualquiera.

»Rogada tomarás lo que tomares
y oculta, cual las diestras ocultaron,
nuestras necesidades y pesares.

»Las rústicas sabinas recusaron,
reinando Tacio, amar más de un marido
y como en otras cosas, no acertaron.

»Agora es otro tiempo ya venido,
con leyes más conformes a la vida
que nos dicen del otro que es ya ido.

»Casta es la hembra nunca requerida
y, si simplicidad no la vedase,
mejor sería pedir que ser pedida.

»Resbálase la edad, el tiempo vase,
días, meses y años van corriendo:
aprieta la ocasión, no se te pase.

»Ves el metal usado reluciendo,
el vestido que se usa está seguro,
la casa no habitada va cayendo;

»pues de la misma suerte, yo te juro,
la belleza se pierde no tratada
y si se trata no, yo lo aseguro.

»Mas para ser de rugas conservada,
no basta uno ni dos ni cuatro amantes
a quien por precio seas entregada;

»tú quieres creerme, trata antes
a muchos admitir, porque de tantos
son las ganancias ciertas e importantes.

»Procura repelar a tantos cuantos
cayeren en tus manos, de tal suerte
que guardes no les des causa de espantos.

»A uno di: 'Señor, está a la muerte
mi madre. Por su vida que me envíe
algo con que se vuelva recia y fuerte.'

»La razón, tiempo y la ocasión te guíe:
no te prendas de rimas y sonetos;
en dineros es bien cualquier se ffe.

»Mira que si tu amante con tercetos
pretende hacerte pago, vaya fuera
o traya fundamentos más perfectos.

»Así hacerte rica yo pudiera
con escudos, que es cosa que más quiero,
y no con coplas de sutil manera.

»Quien tuviere será mayor que Homero,
y, aquel que más trajere, si eres cuerda,
en gozar del amor será el primero.

»Avísote vergüenza no te muerda
si fueres frecuentada o recuestada,
sino admite al que trae sin ser lerda.

»No te engañe el amante que, mostrada
la tarja del blasón de sus abuelos,
te quisiere gozar sin darte nada:

»si acá abajase Apolo de los cielos
y pretendiese haberte y no te diese,

dirásle que se vaya, porque duelos...

»SÍ alguno, siendo hermoso, te dijese:
'Amadme, pues que soy de bel figura',

cuerdo sería quien de ello se riese.

»Mientras tiendes las redes, ten blandura;
has de adquirir el precio, no te huya
algún amante viendo que eres dura.

»Sienta el enamorado que eres suya,
mas mira que de balde no le sienta:
pide que el corazón te restituya.

»Mira que todas veces no consienta
tu voluntad pidiéndote posada:
fíngete mal dispuesta o descontenta;

»dirás que estás agora confesada,
otras veces dirás que por los males
suplicas que te dé por excusada;

»mas mira que quizá podrían ser tales
y tantas despedidas que sería
menguarla en el amor y sus señales.

»Dirásle luego: 'Calla, vida mía,
que en no verte me falta mi contento
y mi placer y gloria y alegría.'

»Tu puerta al que rogare en un momento
esté sorda y abierta al que trajere,
que todo lo demás es sombra y viento.

»Quien contigo esta noche conviniere
dormir, conviene que oya y vea sin quejas
del que después de él otro entrar quisiere.

»No entienda que por él a otro dejas,
y si por dicha en algo le ofendieres
conviene de él entienda que te quejas.

»Hazle entender que solo por él mueres,
pídele celos que es muy gran indicio
de amor y a mí la culpa si perdieres.

»De enojarte no tengas ejercicio
y, si lo hicieras, dura poco en ello,
que largo enojo saca a amor de quicio.

»Si engañares a alguno que entendello
él pudo fácilmente, tú le jura
que no tienes de culpa ni un cabello.

»No temas perjurar que no es perjura
ninguna enamorada perjurando;
desculpar de su culpa se procura:

»los oídos está Venus cerrando
a todos los del Sacro y Alto Coro
cuando un amante está acá perjurando.

»Ten este aviso en más que plata y oro:
que tengas los criados enseñados
en demostrar que hay falta a tu decoro.

»Di tú: 'No es menester, desvergonzados;
callá, que quien me da su amor no quiero
me dé otros atavíos más preciados',

»que si él es liberal y da dinero,
yo prometo acuda prestamente
por presumir y hacer del caballero.

»Hermana, madre e hija diligente,
cualquiera esté en pedir y tú muy tibia,
y verás el provecho presto prestamente.

»Cuando sientas que en él amor se entibia,
acude con remedios, porque crea
que con tu amor su mal y pena alivia.

»Y trata con tu amante no se vea
sin otro que compita en los amores,
que el amador seguro no desea.

»Vea dones que te envían amadores,
a quien por él verá tienes en nada,
que yo te digo él los dé mejores.

»Y si su bolsa fuere tan clavada

que no te diere don que les exceda,
váyase a pasear sin darle entrada.

»Y si te ha dado mucho, lo que queda
le sacarás con otras invenciones
sin que negarte parte de ello pueda.

»Pídele que te empreste diez doblones
o más y ofrece prenda, porque crea
que es ello así verdad lo que compones.

»Después la paga del prestado sea
dulces requiebros, hablas enmeladas,
dos mil favores que a los ojos vea.

»Si tuvieres mis reglas estudiadas
yo sé te acordarás de aquesta vieja
y de aquestas mejillas arrugadas.

»Si alguna aguja dieres, saca reja,
y a los que en esas uñas te cayeren
desplúmalos riendo y despelleja.

»Sé que me alabarán los que me oyeren
los consejos tan sanos que te he dado
y se aprovecharán las que supieren.

»Hija, ten de lo dicho gran cuidado
y acuérdate de mí cuando estuvieres
en más dichoso y más próspero estado.»

Notaba yo la astucia de mujeres,
que un punto más que el diablo diz que saben
y su saber con todos sus poderes.

Decía: «Tus maldades, ¿dónde caben,
vieja astuta, malina más que entena,
digna que a ti y no a la madre alaben?»

Pasábase la noche y tuve pena,
porque me descubrió la sombra mía
que la conversación tenía por buena.

Apenas en mis pies poder tenía
mi cuerpo, porque, habiendo visto aquello,
quería tomar venganza y ya quería

arremeter a su arrugado cuello
y dalle muchas coces y pelalla
su blanco y deshonesto y vil cabello.

Mas no pude, señores, castigalla
como ella merecía y yo quisiera,
mas yo procuraré poder cazalla.

A Dios, por quien Él es, suplico quiera
que vivas desterrada y sin gobierno,
sufriendo suma hambre y gran dentera,
perpetua sed y duelo sempiterno.

EPÍSTOLA III a Boscán

El no maravillarse hombre de nada
me parece, Boscán, ser una cosa
que basta a darnos vida descansada.

Esta orden del cielo presurosa,
el tiempo que nos huye por momentos,
las estrellas y el sol que no reposa,

hombres hay que lo miran muy exentos,
y el miedo no les trae falsas visiones,
ni piensan en contrarios movimientos.

¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
del espacioso mar que así enriquece
los apartados indios con sus dones?

¿Qué dices del que por subir padece
la ira del soberbio cortesano,
y el desdén del privado cuando crece?

¿Qué del gallardo mozo que, liviano,
piensa sabello todo y emprender
lo que tú dejarías por temprano?

¿Cómo se han de tomar, cómo entender
las cosas altas? Y a las que son menos
¿qué gesto les debríamos hacer?

Esta tierra nos trata como ajenos
la otra nos esconde sus secretos,
¿para cuál piensas tú que somos buenos?

El que teme y espera están sujetos
a una misma mudanza, a un sentimiento;
de entrambos son los actos imperfectos.

Entrambos sienten un remordimiento,
maravíllanse entrambos de que quiera,
a entrambos turba un miedo el pensamiento.

Si se duele, si duda o si espera,
si teme, todo es uno, pues están
a esperar mal o bien de una manera.

En cualquier novedad que se verán,
sea menos o más que su esperanza,
con el ánimo clavados estarán;

el cuerpo y ojos sin hacer mudanza,
con las manos delante por tomar
o excusar lo que o duele o no se alcanza.

El sabio se podría loco llamar,
y el justo injusto, el día que forzase
a pasar la virtud de su lugar.

Dime cuál sería el hombre que alcanzase
a ver su incomparable fortaleza,
si más de lo que basta la buscase.

Admírate, Boscán, de la riqueza
del rubio bronce, de la blanca piedra,
entallados con fuerza y sutileza.

Maravíllate de esa verde yedra
que tu frente con tanta razón ciñe
con cuanta de la mía hora se arriedra;

del rosado color que en Asia tiñe
la blanda seda y lana delicada
del contrario de aquél que la destiñe;

la verde joya que es de amor vedada,

porque en el fin sagrado rompe luego
la transparente perla bien tallada,

y la que en color vence al rojo fuego,
el duro diamante, que al sol claro
turba su luz y al hombre torna ciego.

Aquella hermosura que tan caro
te cuesta y te holgabas tanto en vella,
contra cuya herida no hay reparo,

admiróte otro tiempo ver cuán bella,
cuán sabia es, cuán gentil y cuán cortés,
y aun quizá agora más te admiras della.

Y tu lengua, que debajo de los pies
trae el sujeto y nos lo va mostrando
como tú quieres y no como ello es.

Admírente mil hombres que escuchando
tu canto están y el pueblo que te mira,
siempre mayores cosas esperando.

Con la primera noche te retira
y con la luz dudosa te levanta
a escribir lo que el mundo tanto admira.

¿Cuál es aquel cautivo que se espanta
que el año fértil hincha los graneros,
al que fortuna y no razón levanta?

¿Por qué quieren que hagan los dineros,
que yo me admire de él y él no de mí,
pues ni él ni yo los hubimos de herederos?

Lo que la tierra esconde dentro en sí,
la edad y el tiempo lo han de descubrir
y encubrir lo que vuela por ahí.

En fin, señor Boscán, pues hemos de ir
los unos y los otros un camino,
trabaje el que pudiere de vivir.

Si en la cabeza algún dolor te vino
agudo, o en el cuerpo, que te ofenda,
procura huir de él y ten buen tino.

Si te puede sacar de esta contienda
la virtud como viene sola y pura,
al resto del deleite ten la rienda.

Por los desiertos montes va segura,
ni teme las saetas venenosas,
ni el fuego, que no para en armadura;

no entrar en las batallas peligrosas,
no en cruda, importuna y larga guerra,
ni el bravo mar con ondas furiosas;

no la ira del cielo, que a la tierra
hace tremer con terrible sonido
cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.

El hombre justo y bueno no es movido
por ninguna destreza de ejercicios,
por oro ni metal bien esculpido;

no por la pesadumbre de edificios,
adonde la grandeza vence el arte
y es natura sacada de sus quicios;

no por el que procura vana parte
y con el ojo gobernar el mundo,
forzando a la Fortuna aunque se aparte;

no por la pena eterna del profundo,
no por la vida larga o presta muerte,
no por ser uno solo sin segundo.

Siempre vive contento con su suerte,
buena o mediana, como él se la hace,
y nunca estará más ni menos fuerte.

Cualquier tiempo que llegue, aquél le place,
si no puede huir la triste vez,
y búrlase de aquel a quien desplace.

Todo se mira, de sí mismo es juez,
reposado en su vida está y seguro,
uno en la juventud y en la vejez.

Es por de dentro y por defuera puro,

piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
duro en creer y en esperar más duro.

En cualquier medio vive satisfecho,
procura de ordenar, en cuanto puede,
que en todo la razón venza al provecho.

Esto no sigue tanto que él no quede
dulce en humano trato y conversable,
ni dé a entender al mundo que le hiede.

Pónese en un estado razonable;
nunca teme ni espera, ni se cura
de lo que le parece que es mudable.

Jamás de todo en todo se asegura,
ni se da tanto a la riguridad
que por seguilla olvide la blandura.

Deja a veces vencer la voluntad,
mezclando de lo dulce con lo amargo
y el deleite con la severidad.

De lo menos que puede se hace cargo,
daña a ninguno y a todos aprovecha,
no hace por que deba dar descargo.

Éste va por la vía más derecha,
de todo lo que viene hace bueno,
de nada se ensandece o se despecha.

Si la mano metiese hombre en su seno
y hubiese de llorar lo que no viene,
ni parara en lo suyo ni en lo ajeno.

El gran rey de Marruecos diz que tiene
gran número de esclavos y ganados,
pero nunca el dinero que conviene.

Algunos en la guerra son guardados
con las riquezas y otros con varones,
y algunos con los montes encumbrados,

otros con elegancias de razones;
mas el que lo tuviere todo junto
será dichoso y libre de pasiones.

¡Oh, quién pudiera verse en este punto
cuanto al ánimo, aunque no cuanto al poder,
y tuviésem el mundo por difunto!

Conmigo se acabase mi valer,
y tan poca memoria de mí hubiese
como si nunca hubiera de nacer.

La noche del olvido me cubriese
en esta medianeza comedida,
y el vano vulgo no me conociese.

Entonces haría yo sabrosa vida,
libre de las mareas del gobierno
y de loca esperanza desabrida.

Ardería mi fuego en el invierno
contino y claro, y el manjar sería
más rústico, pero más dulce y tierno.

El vino antiguo nunca faltaría,
que los pies y la lengua me trabase,
mezclado con el agua clara y fría.

Y cuando el año se desinvernase,
vendría de pacer manso el ganado
a que la gruesa leche le ordeñase.

Llevarle el día al espacioso prado
me placaría y tornallo a la majada,
donde fuese seguro y sosegado.

Otras veces a mano rodeada
esparcería tras los tardos bueyes
el rubio trigo o el áspera cebada.

A la noche estaría dando leyes,
al fuego, a los cansados labradores
que venciesen las de los grandes reyes.

Oiría sus quisiones en amores,
gustaría sus nuevas elocuencias
y sus desabrimientos y favores,

sus cantos, sus donaires, sus sentencias,

sus enojos, sus fieros, su motín,
sus celos, sus cuidadosas diferencias.

Vendrías tú y Jerónimo Augustín,
partes del alma mía, a descansar
de vuestro pensamiento y de su fin,

cansados de la vida del lugar,
llenos de turbulencia y de pasión,
uno de pleitos y otro de juzgar.

Vendría la bondad de corazón,
toda vida sabrosa con Dural;
traeríades también a Monleón.

Allí se reiría del bien y del mal,
y cada uno hablaría a su guisa
y escucharía el que no tiene caudal.

De contar mal no se pagaría sisa,
y podríase venir otro Cetina
que la paciencia nos tornase en risa.

O si, lo que mi alma no adivina,
la que ahora me persigue y de mí huye,
y en quererme dañar es tan continua,

con aquella pasión que me destruye
tornada en compasión y su cruel ira
en mansedumbre, que ella más rehúye,

¡si te hallases presente, oh tú, Marfira!
Pues mi corazón, vengas o no vengas,
siempre ha de sospirar como sospira,

ruégate este cautivo que no tengas
tan duro ánimo en pecho tan hermoso,
ni tu inmortal presencia nos detengas.

Por ti me place este lugar sabroso,
por ti el olvido dulce con concierto,
por ti querría la vida y el reposo,

por ti el ardiente arena en el desierto,
por ti la nieve helada en la montaña,
por ti me place todo desconcierto.

Mira el sabroso olor de la campaña
que dan las flores nuevas y suaves,
cubriendo el suelo de color extraña.

Escucha el dulce canto que las aves
en la verde arboleda están haciendo
con voces ora agudas, ora graves.

Mira las limpias aguas que riendo
corren por los arroyos y, estorbada
por las pintadas guijas, van huyendo;

las sombras que al sol quitan sus entradas
con los verdes y entretajidos ramos,
y las frutas que de ellos son colgadas.

Paréceme, Marfira, que ya estamos
en todo y que no finge mi deseo
lo que querría, sino lo que pasamos.

Tú la verás, Boscán, y yo la veo,
que los que amamos vemos más temprano:
hela en cabello negro y blanco arreo.

Ella te cogerá con blanda mano
las rojas uvas y la fruta cana,
dulces y frescos dones del verano.

Mira qué diligente y con qué gana
viene al nuevo servicio, qué pomposa
está con el trabajo y cuán ufana.

En blanca leche y colorada rosa
nunca para su amiga vi al pastor
mezclar, que pareciese tan hermosa.

El verde arrayán tuerce en derredor
de tu sagrada frente con las flores,
mezclando oro inmortal a la labor.

Por cima van y vienen los amores
con las alas en vino remojadas,
suenan en el carcaj los pasadores.

Remede quien quisiere las pisadas

de los grandes que el mundo gobernaron,
cuyas obras quizá están olvidadas.

Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,
duerma descolorido sobre el oro,
que no les quedará más que llevaron.

Yo, Boscán, no procuro otro tesoro
sino poder vivir medianamente,
ni escondo otra riqueza ni otra adoro.

Si aquí hallas algún inconveniente,
como discreto y no como yo soy,
me desengaña luego en continente
y, si no, ven conmigo adonde voy.

EPÍSTOLA IV a don Luis de Zúñiga

¡Cuántos hay, don Luis, que, sobre nada
haciendo suntuoso fundamento,
tienen la buena suerte por llegada!

Cásanse con un vano pensamiento,
echan sus conjeturas y razones,
hacen torres macizas en el viento,

ensanchan al pensar los corazones,
creen tener en puño la Fortuna
y tomar por el pie las ocasiones.

Como los simples niños, que en la cuna
no saben conocer otro cuidado
sino contar las vigas una a una,

así pasan la vida en descuidado
y ternán por el mismo, sin más duda,
el tiempo por venir como el pasado;

mas si el viento delante se les muda
y arranca las arenas del profundo,
no por eso harán vida sesuda.

No les podrá quitar hombre del mundo

el comer, el dormir, el pasear,
el tenerse por solos sin segundo.

No les queda ya más que desear,
todo está deseado y todo habido,
y cada cosa puesta en su lugar.

No se cura de bueno o mal partido
que hagan con el turco venecianos,
ni que venza el Sofí o que sea vencido.

No es esto porque estima por livianos
los negocios del mundo o los alanza
viendo que no se puede dar a manos;

es porque no lo entiende ni lo alcanza,
ni piensa de verdad que hay otra vía
sino la que le da su confianza.

Con la mujer de Séneca vivía
una loca que Hasparte se llamaba,
nacida en medio del Andalucía.

Vino a cegar de súbito, y pensaba
que la falta no fuese ceguedad
sino la casa que sin lumbre estaba.

Ora salía a buscar la claridad,
ora pedía candela muy despacio,
diciendo estar a oscuras la ciudad.

Enrizo mi cabello y vo a palacio,
gorra calada y capa de rodeo,
gualdrapa estrecha sobre rocín lacio.

No subo el pensamiento a do no veo,
no sé que haya otro día ni le quiero,
y ansí como lo pienso, ansí lo creo.

Si hago una simpleza, echo primero
la culpa al mundo y a su desconcierto
y, cuando más no sé, a mi compañero.

Mi pura ceguedad tengo por cierto
que sea del tiempo y no de mi cosecha,
y a él tengo por ciego y yo soy tuerto.

Este género de hombres ni aprovecha
a sí ni a otros, ni es malo ni bueno,
ni mira, ni provee ni sospecha.

Otros hay que revuelven en el seno
el tiempo que es pasado y el que tienen,
consideran lo suyo por lo ajeno;

toman las ocasiones que les vienen,
y las que no les vienen van buscando,
y con cualquiera tiempo se sostienen.

El mundo punto a punto van pesando
los hombres por de dentro y por de fuera,
como en anatomía, examinando.

Ponen la diligencia en delantera,
el seso y la razón por el guarismo,
quieren que todo venga a su manera.

No tienen otra ley ni otro bautismo
sino lo que les cumple, y por sólo esto
irán hasta el profundo del abismo.

Agudos en el cuerpo y en el gesto,
mal ceñidos, las capas arrastradas,
el ojo abierto y el caminar presto.

Si les suceden cosas desastradas,
escogen y proveen lo peor;
nadie puede topar con sus pisadas.

No toman el camino que es mejor,
llano y trillado, antes al revés
engañanse en el arte y la labor.

Ansí que por debajo de los pies
les pasan los negocios, que ninguno
se sube a imaginar lo que no es;

ni le puede valer ser importuno,
ni pensar, ni mirar, ni estar alerta,
si le huyen los hados uno a uno.

Arrástranle durmiendo y aun despierto,

y llévanle tras sí por los cabellos
sin que le valga seso ni concierto.

Forzado ha de venir donde van ellos,
trabados uno de otro, que no hay medio
soltarse cuando quieren y tenellos.

En los que dicho tengo no hay remedio,
que cada uno de ellos me parece
dos extremos que están lejos del medio.

Tomemos el camino que se ofrece,
ni maderos espesos sin sentido,
ni fuego que en la llama desvanece.

Tú sirve al gran señor que has elegido,
acompaña en presencia sus vitorias
y el nombre por las gentes extendido.

Mira cómo nos muestra las memorias
de los grandes que el mundo sojuzgaron
heredando sus nombres y sus glorias.

Él pasará por donde no pasaron
las banderas y griegos escuadrones,
y volverá por donde no tornaron.

Había entre los griegos disensiones,
cada uno quería reposar,
la gente era suspensa en opiniones.

Comenzóles el cielo a amenazar,
mostrándose turbado y espantoso,
con truenos y con rayos a la par.

El Ganges les corría más furioso,
revolviendo las aguas que llevaba,
turbio, fuera de madre y desdeñoso.

Debajo de las olas encerraba
troncos de gruesos árboles, adonde
a las naves rompía o zozobraba.

El tempestuoso viento le responde,
que sacaba la mar de sus asientos
revolviendo la arena que ella esconde.

Juntáronse a vencer los pensamientos
de un hombre, que de carne era y aun tierno,
con todo su poder los elementos.

La grito de la gente sin gobierno,
el rumor que en las cuerdas se hacía,
las nubes que mostraban el invierno

arrebatan el cielo con el día
de la vista de Grecia en un instante,
y cúbrenlos de noche oscura y fría.

Una nave que quiso ser constante
y tenerse a las ondas, aunque en vano,
volcía el monte de agua por delante.

No le valió al piloto diestra mano,
que cayó de la popa boca arriba
delante de los ojos del tirano.

La nave se sumió en el agua viva,
tragándola un torcido remolino
cubierta en torno de tiniebla esquivada.

Vense pocos con mucho desatino
nadando, y en el piélago ahogados
a quien la muerte antes de tiempo vino;

las armas de varones señalados,
los escudos y almetes relucientes,
los despojos de Persia remojados.

Pues viéndose crecer inconvenientes
aquel grande Alejandro que ganó
eterna fama y nombre entre las gentes,

al cielo y a los hados se rindió,
no queriendo por fuerza procurar
lo que Dios de su grado le quitó.

Otro mundo es el mío, otro lugar,
otro tiempo el que busco, y la ocasión
de venirme a mi casa a descansar.

Yo viviré la vida sin pasión,

fuera de desconcierto y turbulencia,
sirviendo al rey por mi satisfacción.

Si conmigo se extiende su clemencia

dándome con que viva en medianeza,
holgaréme y, si no, terné paciencia.

El descanso mezclado con pereza,
el comer descuidado y a su hora,
el dormir libre sueño y sin graveza.

Sentiré que con mano vencedora
rodea por levante las enseñas
la escuadra de poniente domadora.

Los niños, las doncellas y las dueñas,
los clérigos, cobarde carruaje,
estaremos oyendo hechos peñas.

Vendrá un embajador de gran linaje,
el rostro colorado del camino,
que se pondrá a contarnos el viaje.

Pintará las jornadas con el vino
en la mesa diciendo sus hazañas,
y tendrá muy secreto a lo que vino.

No le podréis sacar con dos mil mañas
lo que hombre quería que hablase,
aunque le escudriñéis por las entrañas.

El vino antiguo allí se derramase,
y abriese yo la cuba de cien años
que la lengua y los pasos me trabase.

Allí me placerían los engaños
de Marfira y su loca travesura,
sus despechos, sus iras y regaños.

Saldríame a gozar de la verdura
paseando con ella a las mañanas,
recogerme hía la siesta a la espesura.

Comeríamos juntos las manzanas,
las coloradas uvas y mezclada

el agua clara con las frutas canas.

Cuando el sol inclinase la jornada,
volvería contento y sin dolor
por el heredamiento a la posada.

Vería cómo torna mi pastor
las ovejas del prado al tardo abrigo,
y hallaría cansado al cavador.

Tomaríame gana a mí conmigo
de ayudarle a cavar sus embarazos;
doblaríame el ánimo el testigo.

Haría aquella azada mil pedazos,
mirándome Marfira, en su servicio,
con qué gana, con qué fuerza de brazos.

A todos está bien hacer su oficio
y gastar do quisieren su hacienda,
si viven como deben y sin vicio.

Yo, señor don Luis, tendré la rienda,
y aun de comer tan bien como pudiere,
habido con limpieza y sin contienda.

Si no, contentarme ha lo que tuviere,
y no me meteré en partir el cielo
con el que compañero no sufiere.

Arrojaré mis libros por el suelo,
abriré o cerraré aquel que me place,
y andaré salpicando, como suelo,
por la vida que más me satisface.

EPÍSTOLA V

Al mismo

¿Qué hace el gran Señor de los romanos,
don Luis, cuando se parte de Alemaña?
¿Puedese en esta tierra dar a manos?

Acá ya le embarcamos para España,
ya le hacemos ir a Berbería,

mas él callando a todos nos engaña.

Argel y la Morea y la Suría
son de esta vuestra empresa los terreros
a quien se tira en esta señoría.

¡Oh embajadores, puros majaderos,
que, si los reyes quieren engañar,
comienzan por nosotros los primeros!

Nuestro mayor negocio es no dañar
y jamás hacer cosa ni decilla
que no corramos riesgo de ensañar.

Si hacéis algún bien por maravilla,
la persona que está cerca del rey
nos ensilla el negocio o desensilla.

Escrita con el dedo os da la ley,
él la entiende a su modo o la deshace,
llevándoos por el cuerno como a buey.

Jamás embajador se satisface
por bien que en el negocio llegue al centro,
mas siempre piensa en algo que desplace.

Siempre teme o recibe algún encuentro
del pueblo o de la parte o del patrón,
que le da por defuera o por dedentro.

No te sabría decir la alteración
con que se abre el despacho cuando llega,
temiendo que traerá reprehensión.

Con el primer capítulo nos ciega:
«Loamos vuestra fe, vuestra prudencia
en tratar los negocios»; luego pega:

«y siempre os encargamos la paciencia,
y en lo que en la pasada os escribimos
debiérades poner más diligencia».

¡Oh tristes de nosotros, que vivimos
los años siete y siete arrepentidos,
y nos hacen merced cuando salimos!

Abre bien, don Luis, esos oídos;
Apolo y todas nueve sus hermanas
publiquen los secretos escondidos.

Si cien lenguas tuviese más que humanas,
y la boca y la voz fuesen de hierro,
no podrían bastarme una hora sanas.

Echemos a Virgilio para perro
con su navegación de cinco millas,
y tratemos a Homero de cencerro.

Contaré con verdad las maravillas,
los escollos, tormentas y nublados
que pasamos sentados en las sillas.

La primera fortuna que los hados
nos ordenan, al dar de la instrucción,
es que seamos indios de privados.

La otra, que en cualquiera mutación
tememos lo peor y lo esperamos
con miedo, con furor y alteración.

Si por caso escribimos o hablamos
algún negocio grave, al elegir,
aun antes del error nos desculpamos.

Y después procuramos escribir
no aquello que dijimos, si es simpleza,
sino lo que debiéramos decir.

En negocios ajenos gran pereza
y en los propios mayor solicitud,
juntando con el arte la destreza.

Magníficas palabras de virtud,
profesión de decir siempre lo cierto
y a nuestro modo templar el laúd.

Vendráme a visitar un encubierto,
la capa por la vista rodeada,
pobre, quebrado, robador de cierto.

Todo cuanto dirá no importa nada,
y haráme entender que se ha hallado

a conjurar la hostia consagrada.

Creerlo punto a punto soy forzado,
y yo en ninguna cosa soy creído
aunque dijese el Credo en estampado.

Cuanto al gasto de casa soy falido
y cuanto a las mercedes un castrón,
cuanto al holgarme un hombre empedernido.

En fin que, cuando no hay negociación,
o el hombre queda estatua muy hermosa
o gentil escribano o espión.

Si os carga alguna ira furiosa,
habéisla de sufrir y es vuestro oficio
entretener, que es una gentil cosa.

Yo no tengo ni sé ya otro ejercicio
sino con maestro Juan, mi cocinero,
jugar y conversar como por vicio.

Con él solo platico y a él quiero,
y váyase a anegar el veneciano,
que no pienso hacer otro heredero.

No me curo del cetro del tirano
que amenaza la muerte o la riqueza,
ni del triunfo en carro soberano.

He de vivir en una medianeza
vida humilde, segura y reposada,
de amor y de sabor y de dulzura.

Vívase hoy, mañana será nada;
gocemos este bien con alegría
y acabemos holgando la jornada.

Entre fiestas y dulce compañía
quiero ser al placer de los primeros,
gozando de esta vida cada día.

Tú, Vulcano, dios de los plateros,
poderoso en el fuego y el metal,
a quien también adoran los herreros,

hazme un vaso de plata hondo y tal
que mida san Martín ocho cuartillos
y otro santo de más con su caudal.

No entalles en él rayos amarillos,
el cielo cuando truena, ni el infierno
en humosos caballos y morcillos;

no las heladas nieves del invierno,
ni los ardientes soles del verano,
ni las mareas en igual gobierno;

no el carretero que con diestra mano
gobierna siete estrellas sin mudallas,
saliendo ora tarde, ora temprano;

no el sangriento señor de las batallas.
¿Qué tengo yo que ver con las estrellas,
con los rayos, los tiempos o las mallas?

Quédense en cielo y tierra ellos y ellas,
duren por muchos años ordenadas,
y yo que tarde y viejo vaya a vellas.

Entalla muchas uvas coloradas
con sus vides, que en torno las rodeen,
con las revueltas yedras entricadas.

Los amores estén que se meneen
espirando aquel fuego glorioso
cuyas llamas ardiendo no se veen;

el dios Baco, borracho y dormijoso,
las horas todas doce al derredor,
el tiempo sano y mozo y con reposo.

Tal será la razón de la labor,
padre Vulcano, que me has de hacer,
y a ti te cabrá parte del sabor.

Harás sentar a tabla tu mujer,
que no pesará de ello a don Luis;
tú entrarás a lo hondo en el beber.

Nunca estimáis en dos maravedís
que el ojo y pie se guarden los cornudos,

ni miráis lo que pasa ni sentís.

Todos seremos ciegos, sordos, mudos,
y tú haz la labor que sea divina,
que te la pagaremos en escudos.

Si yo puedo salir de esta mohína,
don Luis, y vivir holgadamente,
parecerme ha que el mundo se me inclina.

Daré catorce higas a la gente,
serviré a mi señor toda la vida
sin recelar ningún inconveniente.

Dejaré la esperanza de cabida
y la razón de mejorarme en alto,
vana fatiga y ambición perdida.

Mi pensamiento, hermano, si no falto,
es ir llano y seguro de reproches,
sin quebrarme las piernas en el salto,
y que digan: «Quedaos a buenas noches.»

EPÍSTOLA VI

A María de Peña, Criada de Doña Marina de Aragón

Tómame en esta tierra una dolencia
que en Cataluña llaman melarquía,
la cual me acaba el seso y la paciencia.

Y como no me deja noche y día,
menos me da lugar para hablarme,
señora Peña, con vuestra señoría.

Pero, como podéis sola mandarme,
dándoos caso tan justo y tan sabido,
hacedme esta merced de perdonarme;

que a cabo de cuatro años de partido
os demando perdón, si se perdona
escribiros tan corto y desabrido;

por que, como descrece Barcelona
y huye aquella playa gloriosa,
así va enflaqueciendo la persona.

Comiézase la vida trabajosa
con el mar, con el viento y la galera,
triste, turbada, malenconiosa.

Con sola esta disculpa que yo diera,
hallándome tan mal como me hallo,
bastaba a ser creído de cualquiera.

Mas a vos, de quien fui siempre vasallo,
y nunca de criada de otra dama,
me conviene dar cuenta por qué callo.

Para decir verdad, esta vuestra ama
tiene tan olvidados sus amigos,
que está mejor aquél que menos la ama.

No es menester buscar largos testigos,
mostrándose el descuido de su mano
que la hace cobrar mil enemigos.

¿Qué le cuesta escribir a un veneciano
una letra, un borrón, una cruceta,
y tratarme después como a villano?

El ganar los amigos a estafeta
y perderlos a soplos no es camino
de quien por cabo quiere ser perfeta.

Al señor que tenemos por divino
que da y quita a su modo la ventura
demandaré venganza de continuo.

No que pierda la flor de hermosura,
que esto será excusado tan aína
y perdería lo que ella menos cura;

querría que le diese una mohína
creyendo que algún día ha de nacer
en este mundo otra doña Marina;

y que ella misma viese en él crecer,
en gracia y en valor y en discreción,
alguna que le pueda parecer.

Aconsejalde que mude de opinión,

ansí os veáis con Torres desposada,
porque el pueblo es de mala condición.

No sea tan bizarra y confiada,
que no es siempre seguro el caminar
por encima del filo de la espada.

Y para que podáis determinar
si os doy tan buen consejo como suelo,
quiero con vos un poco razonar.

Cuando nos crió Dios en este suelo,
se trabó una quistión tan furiosa
que puso en armas casi todo el cielo:

si debía de ser Eva hermosa
o fea, y aquel día en solo el gesto
se habló, sin travesarse de otra cosa.

Cargaron tantos votos en el puesto
de los que la querían para fea,
que fue forzoso resolverse en esto:

la que saliere fea, que lo sea,
y que siga y de nadie sea seguida
hasta que de remedio se provea;

la que fuere hermosa conocida,
que le dure esta flor por accidente
parte de un solo tercio de la vida.

No por que el feo sea inconveniente,
mas désele esta gracia en vez de sal
como para apetito de la gente;

antes digo que es cosa natural
por ser principio y fin de la edad,
y lo hermoso es forzado y desigual.

¿Qué reino, qué provincia, qué ciudad
en la vida del mundo fue asolada?
¿Qué mujer se ahorcó por fealdad?

¿Trae flaca o amarilla o espantada,
por ventura, la gente deseando
loca, celosa y desasosegada,

por medio de la calle suspirando,
o confiada o arrepentida luego,
o fuera de propósito cantando?

La fealdad no teme el niño ciego,
ni hace ni recibe aquella guerra
que solemos decir a sangre y fuego.

De todos va segura por la tierra,
no la quiere ninguno mal ni bien,
ni mira cuándo acierta o cuándo yerra.

De ninguna ocasión toma desdén,
llama fuera de humo ni altereza;
si os place bien está, si no también.

Con galas disimula su bruteza
y huelga de mostrarse en todo humana
encubriendo la falta con destreza.

Conviene que a la noche o la mañana
le dé la hermosura la obediencia,
o a lo menos una vez en la semana.

El ánimo y constancia, elocuencia
y otras virtudes mil a esta señora
suelen acompañar con la prudencia.

Siempre está en una forma duradora,
a lo claro, a lo obscuro, día y tarde,
y no se va mudando de hora en hora.

Ningún hombre la mira que se guarde,
claridad que recibe y no da pena
y que, sin encender, se enciende y arde.

A la comida, fea, y a la cena,
al dormir, al soñar y al despertarse,
fea en luna menguante y luna llena.

Gran cosa es que no pueda curarse
la dolencia y siniestros en que queda
la hermosura cuando va a acabarse:

gestos, meneos, vueltas como en rueda,

el descontentamiento en el espejo,
animal que a ninguna deja leda.

Como si en nuestra tierra el mozo, el viejo
fuesen tan solamente diferentes
en la edad, en el pelo o el pellejo.

La hermosura no tiene parientes,
ni Dios, ni ley, ni rey, ni tierra o casa,
ni vecinos ni amigos bien hacientes.

Quémaos el corazón como una brasa
con ojo o con palabra o con meneo,
y trompícaos si os toma a silla rasa.

Absoluta tirana del deseo,
¡cuánta esperanza enhila o desbarata
con un «tienes razón» o «no te creo»!

Hácese mortecina como gata,
después saca una furia del diablo
que a cada paso os corre la zapata.

Estad, señora Peña, en lo que hablo
y en ser fea también, pues es posible
sin espantaros nada del vocablo.

Mirad que es ser hermosa aborrecible
y, si a mí me dejasen a mi modo,
antes escogeré ser invisible.

He querido deciros esto todo
porque podáis vuestra ama aconsejar
que no nos ponga a todos tan del lodo.

Mire que el verdegay se ha de acabar,
dado que ella lo estime harto poco
pues tiene lo que siempre ha de durar.

La negra dama, fea como un coco,
siendo como ella es discreta y diestra,
piensa tornar el mundo medio loco;

y ella, tan estimada como muestra
de saber, de virtud, de valor y gloria,
¡que cierre a sus amigos la finiestra!

Aún vea yo borrada su memoria
del libro de la gente, y en sus ojos
volar a mano ajena la vitoria;

los trofeos cogidos a manojos
por otro nuevo nombre levantados,
y en carro extraño puestos sus despojos.

No sea en penitencia de pecados
ni en venganza que alguno le desea,
sino en pena de amigos olvidados.

¿Cómo queréis, señora, que la crea
quien viere su memoria vacilando
y no tener amigo que no vea?

Mas pienso que irá siempre mejorando
y que pondrá el cuidado todo entero
en ganar los ausentes de su bando.

En esta cuenta yo seré el primero,
pues que siempre lo fui, y de su bondad
tratado como amigo verdadero.

Entonces, puesta aparte la humildad,
levantaré una voz que durará
por el tiempo de la inmortalidad.

Sus loores el Ebro llevará
con las bermejas ondas en oriente,
donde el primero sol las oirá;

y por el rubio Tajo al occidente
oirá el postrero sol llevar su nombre
en lenguas y memorias de la gente.

Ella tendrá la fama y el renombre,
yo estaré de lo hecho tan ufano,
que me parecerá ser más que hombre.

Y donde Guadiana, manso y llano,
con espaciosas vueltas se desvía,
pareciendo ora tarde ora temprano,

a la orilla del agua clara y fría,

de mármol alzaré un soberbio templo
en la extendida y verde pradería.

En medio estará ella, a quien contemplo
tan hermosa, tan grave y adornada
como quien es nacida para ejemplo.

Yo, primer vencedor de esta jornada
visto en púrpura clara de levante
en aquella llanura despachada,

revolveré cien carros por delante,
con cada cuatro blancos corredores
que vencerán el viento, aunque pujante.

Cantando entre la yerba, entre flores,
mil voces a su nombre llamarán
y responderá el cielo a sus loores.

Las Españas al Tajo dejarán
con los bosques del gran Guadalquivir,
y en dorados arneses se verán

unos con duras lanzas embestir
esparciendo en el aire las astillas,
y con limpias espadas combatir;

otros, en vestes blancas y sencillas
mezcladas de color vario y vistoso,
harán por aquel prado maravillas.

Después yo, todo vanaglorioso,
con guirnaldas de oliva coronado,
en veste roja y hábito pomposo,

visitaré su templo consagrado
sacrificando humanos corazones
y deseos mezclados con cuidado,

voluntarias cadenas y prisiones,
con muchos que merced le irán pidiendo,
rendidos sus despojos y pendones.

En blancas piedras se verán viviendo
los reyes, sus abuelos, entallados,
cuyos nombres la fama va extendiendo.

La triste envidia, los contrarios hados,
el rencor de las furias maliciosas
caerán en el infierno desterrados.

Mas porque al comenzar tan altas cosas
el seso y la razón no se desmande,
tú me ayuda, pues puedes, ves y osas.

Sin ti no puede haber principio grande,
y ansí, doña Marina, callaré
hasta que tu grandeza me lo mande.

A vos, señora Peña, bajaré,
que hablar con vuestra ama no se puede
sin tocar en misterios de la fe.

Si lo que yo os escribo ella concede,
llevarános tras sí con media seña
y hará de nosotros cuanto puede.

Importunalda bien, señora Peña,
que yo sé cuánto vos podéis con ella;
ansí pueda ver yo tan buena dueña
como agora a mis ojos sois doncella.

EPÍSTOLA VII

A la Misma María de Peña

El pobre peregrino, cuando viene
a Roma o a Santiago en romería
por voto expreso o devoción que tiene,

va entre sí discurriendo por la vía
la gloria, religión y piedad
del propósito santo que le guía.

No le mueve grandeza de ciudad;
edificios, dineros o manjares
no le hacen mudar de voluntad.

Llegando, se presenta a los lugares
sagrados y de más veneración;
desde lejos adora los altares

porque, siendo de humilde condición,
ni se atreve ni puede, ya que quiera,
ofrecer de más cerca su oración.

Escoge en las imágenes de fuera
una para rezar lo que le place,
indigno de tocar a la primera;

y, donde a su propósito más hace,
cuelga una tabla escrita o el vestido,
y sin más demandar se satisface.

Pues yo, señora Peña, conocido
el valor de vuestra ama, como indigno
me contento con ser de vos oído.

No es empresa de humilde peregrino
allegar con sus votos a ofrecer
al principal sagrario de continuo.

Gracia, favor, ayuda y parecer
me dad, pues que sabéis cuánto os desea
mi voluntad en todo obedecer,

haciendo de manera que se vea
allegar esta carta torpe y necia
a manos de vuestra ama, y que la lea.

Que, si saber extrañas cosas precia,
en ella verá escrita la verdad
del principio y costumbres de Venecia.

En el año de la Natividad
de cuatrocientos y cincuenta y uno,
tiempo de general adversidad,

Atila, rey ostrogoto y huno
que el azote de Dios era llamado
por no hallarse más cruel alguno,

vino con grueso ejército y armado
a Italia, y todo el mundo amenazando
sin perdonar profano ni sagrado.

Llegan sobre Aquileya braveando

y a fuerza de combates la asolaron,
una piedra sobre otra no dejando.

Los que en Padua y Altino se hallaron,
por excusar las bárbaras saetas,

con otros que de Italia se juntaron,

vinieron a poblar ciertas isletas
entre el Sil y la Brenta y los pantanos,
que antiguamente se decían Venetas.

Con pobres caballeros los villanos,
revueltos los criados con señores,
todos fueron llamados venecianos.

Todos eran ya hechos pescadores,
mostrados a beber los yelos duros
y a comer pan mezclado con dolores.

Las ondas les servían como muros
de las humildes casas y tejado,
y la pobreza los tenía seguros.

Cubierto de carrizos el senado,
hecho de duras conchas el asiento,
tratábase de redes por estrado.

Un cuerno o caracol por instrumento
los llamaba a la misa y a consejo,
que a veces no se oía con el viento.

El marido o mujer, el mozo, el viejo
se juntaban confusos al sonido
y daban pareceres en consejo.

Pues si alguna doncella iba a marido,
hacíase de peces el banquete
y de juncos tejidos el vestido.

En toda la ciudad no había bonete
sino por jubileo, y aun soez
y entallado a manera de casquete.

Acaso se juntó el pueblo una vez
y eligieron señor el más prudente

que les servía de duque y de juez.

Algún pescador, que era su pariente,
viéndole la cabeza descubierta,
se descosió una manga incontinente

y, por donde ella estaba más abierta,
la metió hasta dar en las orejas,
adelante lo estrecho y toda tuerta.

Por esto dicen las historias viejas
que le llamaron «cuerno», y este nombre
le quedó hasta hoy entre las cejas.

Continuóse el reino de hombre en hombre;
bajaban los estados comarcanos
perdiendo con discordia fuerza y nombre.

Crecían de contino venecianos
metiéndose a la mar y mercancía
con moros y judíos y cristianos;

fabricaban navíos a porfía,
concurrían naciones forasteras
reformando el gobierno cada día.

Era ya la república de veras,
la gente más tratable, más humana
que cuando se criaban en pesqueras.

Comenzóse a vivir de mejor gana,
ordenar por razón los edificios
y a vestirse de paño fino y grana;

a tenerse más cuenta con los vicios,
a platicar de guerras y de amor
y a tratar de más nobles ejercicios.

Traíase de seda ya el señor,
y el palacio creció sobre colunas
y el mármol adornaba la labor.

Espantáronse el mar y sus lagunas
de ver subir tan altas las moradas
y el crecer de tan súbitas fortunas.

Revolviendo entre sí cosas pasadas
del tiempo que a la tierra y su pujanza
sojuzgaron las ondas airadas,

temían que en tan grande y tal mudanza
la tierra se tornase a rehacer
y tomase del agua la venganza.

Desde allí se juntaron a crecer
cuatro veces al día y apartar
las cosas que pudiesen empecer.

Pero en fin, por sospechas acortar,
juntar un matrimonio pareció
del duque de Venecia con la mar.

Todo el pueblo al contrato consintió,
las conchas y pescados por su parte,
el arena y el viento confirmó.

Aconteció hallarse a aquella parte,
el día que la esposa se llevaba,
la diosa enamorada del dios Marte.

Acaso sus cabellos ordenaba
tejiéndolos con cuerdas de oro fino
y en blanca vestidura se adornaba.

Aún no era bien compuesta cuando vino
el niño que con arco y pasadores
hace guerra a los hombres de continuo.

Con él venían otros mil amores,
todos con arcos y flechas, mas no tales;
todos hermanos suyos, mas menores.

Éstos hieren los brutos animales,
las plantas y pescados y avejillas,
mas aquél corazones de mortales.

Mostraba haber rendido de rodillas
a Júpiter y héchole humanar,
otra vez a pacer con las novillas;

o con húmidas noches abajar
la plateada luna dende el cielo,

en rústicas cabañas a holgar.

Allegando a la madre con el vuelo,
le dijo que Venecia celebraba
una gran fiesta en este húmido suelo,

donde era tanta gente, que él estaba
cansado de herir, no de otra cosa,
sin perder solo un tiro del aljaba.

Deliberó venirlo a ver la diosa
y, encima de su concha, aderezada
de púrpura encendida y luminosa,

por ligeros delfines fue tirada
hasta entrar por la boca del canal,
donde era ya la fiesta comenzada.

Nunca Venus pensó que fuera tal,
tanta dama hermosa, tan vestida,
tantos hombres tan ricos de caudal.

Salióla a recibir la más ardida;
aunque harto invidiosas, mas contentas,
la juran por hermana de la vida.

También ella las trata de parientas,
que eran todas nacidas de la mar
y por ella halladas en afrentas.

Estaban tan atentas al mirar
la lumbre, juventud y hermosura,
que nadie se acordaba de hablar.

Cada uno loaba la postura
de los pechos y manos y cabeza,
el arte del tocado y compostura.

Notábanle la vuelta de la treza,
el recoger en oro los cabellos,
adónde acaba el rizo y dónde empieza,

en tan varias maneras retorcellos,
que sería prolijo el escribillas
porque cierto son más que no son ellos;

las ropas transparentes y sencillas
dar color a los pechos, y a la cara
el peine, partidor y redomillas.

Dende allí les quedó Venus tan cara,
que arriscaran por ella las personas
en afrenta cualquiera que se hallara.

Consagraronle altares y coronas,
cantares, sacrificios y oraciones,
las doncellas, casadas y matronas.

Aún quedaron algunas condiciones
desde entonces usadas hasta agora
por las fiestas y templos y perdones.

Parecióle tan bien a esta señora
la tierra que, viniendo sólo a vella,
se quedó por vecina y moradora.

Ya otras veces había estado en ella,
mas no que la tuviese en la memoria
ni tanto procurase conocella.

Tras ella vino luego la Vitoria,
en la mano dos remos y bogando,
armada de virtud, valor y gloria.

Mostró extenderse el pueblo peleando
por las partes que el sol suele nacer
con la fuerza y esfuerzo de su bando.

Hizo luego vestidos parecer
en púrpura a los padres y, togados,
en senado a decir su parecer

y gobernar ejércitos pagados,
a tener otros pueblos por vasallos,
príncipes por sujetos y aliados;

venir varias naciones a buscallos,
pedir ora socorro, ora justicia;
también otros, por gloria, a provocallos.

Reinaban la prudencia y la milicia,
partes que la han traído donde está,

la templanza, modestia y la justicia.

Es de ver cuán humilde y cómo va
solo en tanta grandeza por la calle
el mayor ciudadano que será.

Si venís a su casa por hablalle,
no toparéis a otro sino a él
y, aun topado, querréis ir a buscalle.

Cogida la cintura de tropel,
la ropa cuanto luengua la querrés,
atestadas las mangas de papel,

una beca de paño por través,
un bonete a manera de sartén,
con medias chineletas en los pies.

No mudan este traje en mal o bien
el mozo, el viejo, el rico, el que no tiene:
todos viven y van por un convén.

¡Oh ninfas de la mar!, ¿cuál de vos viene
a darme algún favor para que pueda
cantar a la sazón como conviene?

Ya la gente se ordena como en rueda,
ya comienza la novia a relucir
en blanco y oro, vergonzosa y leda.

Tráela de la mano al salir
un chico vejezuelo, bailador;
ya las damas la van a recibir.

Dentro ha hecho experiencia en la labor
en hilando una aguja y, más desnuda,
ha mostrado si el vientre es paridor,

si es flaca, gorda en carnes o nervuda,
coja, manca, contrecha de algún vicio,
loca, simple, atronada, sorda o muda.

La madre y las parientas del novicio,
por conocer mejor si era de prueba,
la mandaron hacer este ejercicio.

Las demás se aperciben, y se lleva
a sentar cada cual, según usanza,
con escofia, gorguera y veste nueva.

No se habla palabra, ni mudanza
de hablar se hará en toda la fiesta
o la que está asentada o la que danza.

Si alguno les pregunta, a la propuesta
responden de cabeza sonriendo,
y no se espere haber otra respuesta.

Un baile acaba y otro va siguiendo;
no mudarán propósito o manera
más de lo que al principio iban teniendo.

Los galanes vestidos que cualquiera
por el traje dirá ser escolares,
y a éste llaman «a la forastera».

Tasados a la cena los manjares,
aquél está mejor que viene antes,
y no curan de asientos ni lugares.

Sírvense de barberos por trinchantes
que, teniendo la carne con el puño,
la pican con cuchillos muy tajantes.

Otros hay que la cortan de rasguño,
otros la despedazan arrastrando
y todos los bocados por un cuño.

La gente que a la tabla está mirando,
nunca Jerjes en Grecia trajo tanta,
y ellas comer sentadas y callando.

Éste se sienta, éste se levanta,
éste gana el mirar por ocasiones,
éste alarga, éste tuerce la garganta.

No hay otra cortesía ni razones
sino amparar las damas de la guerra
que se les hace a voces y a empujones.

A la fin el servir todo se encierra

en darles a la cena un mondadientes
o una gruesa y gentil turma de tierra,
los mayores amigos y parientes.

EPÍSTOLA VIII

Carta a Don Diego Lasso de Castilla

Tal edad hay del tiempo endurecida
que a su primer principio se revuelve,
el término pasando de la vida.

La voz de áspera en blanda se resuelve,
en dientes el encía se levanta,
la lengua y negra barba en blanca vuelve.

Tal árbol, que de antiguo nos espanta,
se perdió, viejo tronco, so la tierra,
y agora sale encima nueva planta.

Una virtud secreta hay que se encierra
en todos los sujetos que contemplo,
la cual tarde o temprano nunca yerra.

Colgadas ya las armas en el templo,
torna el viejo soldado a la porfía
por ira, por virtud o por ejemplo.

Dos fuegos nacen juntos, y los cría
el alma desde el punto que es criada;
crecen con ella juntos a porfía,

prosiguen al principio la jornada,
y muévense al principio juntamente
sin orden o razón determinada.

Truécase cada cual por accidente
y por ciega ocasión en pecho ciego,
sin causa, voluntad o inconveniente;

pero nunca se acaba tanto el fuego,
que no deje secreta una centella
viva en el corazón, señor don Diego.

Dios te libre de mal y de no vella,

pues levanta la llama tan crecida,
que el lugar donde está se abrasa en ella.

Quien la trae se piensa que escondida
en lo hondo del pecho la retiene,
aunque todos la vemos encendida.

El un fuego, más blando, se detiene
poco a poco en crecer y en arraigarse;
éste es más peligroso cuando viene.

Ciertas partes comienzan a mostrarse,
que mueven el sentido y el deseo
antes que la razón pueda afirmarse.

Sale contraminando de rodeo,
con determinación blanda y dudosa
emprende si le veo o no le veo.

Ésta es una ponzoña muy sabrosa
que entre conversación sorda camina
sin parecer a nadie sospechosa.

Poco a poco el favor te contramina,
sientes en tu señora otro gobierno,
con cualquier golpe amor te desatina.

Hállase de amistad el pecho tierno
mostrando querer bien, mas no de esta arte,
y abrázase en un fuego del infierno.

Entra en el corazón por cada parte,
contrasta la razón con el sentido
y ni osas rendirte ni guardarte.

Al cabo se da el hombre por vencido,
descubre la dolencia en puridad,
dejándose llevar a mal partido.

Este fuego es amor y fue amistad;
suele prender tan recio al pobre amante
porque funda su ser sobre verdad.

Ocasiones me vuelan por delante
que perdí cuando de esta suerte amaba,
que me quise ahorcar en el instante.

Mejor gallo aquel tiempo me cantaba;
a lo menos tenía bueno un punto,
que la conversación no me faltaba.

El otro fuego arde todo junto
con furia que os revienta el corazón
y a cada paso os tiene por difunto.

Si se mueve con causa o con razón,
aunque se enciende presto, nunca deja,
y éste nos da mayor alteración.

Está lejos la causa y no se aleja,
antes la ves presente y de manera
que sin ser ofendida se te queja.

A tiento se encamina por defuera,
si tu servicio en algo descontenta,
siempre estás deseando lo que fuera.

No viene de otro cabo esta tormenta
ni, como esta otra, sube poco a poco;
junto se siente el golpe y el afrenta.

Dure cuanto durare nunca es poco
porque en tanta abundancia sube y crece,
que antes de ser sentido torna loco.

Muy lejos este fuego se parece:
el ruido y el humo que de él sale
a los vecinos ciega y ensordece.

El caso le despierta y de él se vale,
y sigue la elección tuerto o derecho,
mas con cualquier sospecha se desvale.

Revienta echando chispas por el pecho
de celoso temor o sobresalto,
aunque todo favor le entra en provecho.

Cuando pienso encumbrarme en lo más alto,
da conmigo en el suelo en un momento
tal que me deja atónito del salto.

Dulce ver es de tierra un bravo viento

que levanta la mar alta y hinchada,
sacando las arenas del cimientó;

entre las altas ondas trabajada
una pequeña fusta abandonarse,
que en breve será rota o anegada;

ver, sin peligro nuestro, menearse
y caminar con fiero continente
dos bravos escuadrones, afrontarse;

no porque el mal ajeno te contente,
mas porque, en la verdad, es dulce cosa
carecer del dolor que el otro siente.

Tú, fuera de esta llama peligrosa,
si algún fuego te quema es como paja
que en un instante crece y se reposa.

Poca es la diligencia que lo ataja,
y su furor se apaga y desencona
por arrojar en él cualquier alhaja.

Córrome de mi ser como una mona,
que en tal libertad me vi primero
cual nunca se ha hallado otra persona.

Acúsome de puro majadero,
porque no hay cosa firme en este mundo
que el tiempo no la traiga al retortero.

En la cuenca del cielo y del profundo,
donde todo de un arte se rodea,
no hallarás primero sin segundo.

El año nos mantiene y nos recrea,
mas muda cuatro cosas en el cielo,
y el océano siempre se menea.

El manto de los cielos con su vuelo
los mueve a todos siete, y él se mueve
con todo cuanto cierra en este suelo.

El sol a la mañana el Ebro bebe
y a la noche reposa dentro en Tajo,
y no hay parte que a ser otro nos lleve.

Contar lo que se muda es gran trabajo,
pues que todo se muda tarde o cedo;
mejor es el camino que el atajo.

Sólo yo soy un hombre que estoy quedo,
que nunca trocaré la fantasía
ni el cielo me hará mudar un dedo.

Torne la noche oscura en claro día,
vuelva el día después en noche oscura,
siempre seré, señora, el que solía.

Amor puso en tu mano mi ventura,
nací a tu voluntad predestinado,
aunque ésta suele ser de poca dura.

Sea por elección o sea por hado,
jamás te vi en un ser para conmigo
como a todas las cosas que he contado.

Yo sin bien, sin favor y sin abrigo,
aunque a tus fuerzas hago resistencia
mas nunca pude contrastar contigo,

las peñas venceré con la paciencia,
y tú las vencerás con aspereza
sin que puedan hallar en ti clemencia.

De aquí sé que yo nací para firmeza
y todo lo demás para mudanza
sino sólo el rigor de tu crueza;

porque, siendo contrario a mi esperanza
y ella a un fin que no llega enderezándose,
ha de tener en filo esta balanza.

Vaya el mundo, si quiere, rodeándose,
que yo estaré en un punto siempre firme
y su ser andará siempre mudándose.

Con cualquier fuego puede Amor decirme
que me ha abrasado el alma como escribo,
y aun que me ha sentenciado sin oírme.

Al principio sin duda estaba vivo,

cuando el fuego me comenzó a abrasar
sin conocer este dolor esquivo.

Amando no sentía qué era amar;
iban mi bien y mal juntos contino;
miraba y respondíanme a la par.

Si no me respondían por el tino
que yo me concebía o me soñaba,
helábaseme el huelgo en el camino.

Disimulaba y no disimulaba,
parecía en mi alma estar secreto
lo que en la plaza el mundo publicaba.

Andaba lo acabado y lo imperfeto,
lo cierto y lo dudoso contrastando,
y otros contrarios mil en un sujeto.

Cuántas veces me dijo Amor burlando:
«Guárdate, no des paso más adentro,
antes procura entrar, sabio, tentando.»

Mas yo, que no sentí el primer encuentro,
pensé que fueran todos tan livianos,
hasta que me hallé puesto en el centro.

Vinieron mis amigos, mis hermanos,
y todos me decían: «Que te engañas:
Amor es el que traes entre las manos.»

Holgara yo guardarme de sus mañas,
mas no pude, que vino a parecer
cuando estaba bien dentro en las entrañas.

Comenzáronse luego a recrecer
muchas cosas que antes no veía
aunque de aquí vinieron a nacer.

En fin, señor, el duro mal crecía;
Amor armaba lazos en lo raso
en que el simple amador daba y caía.

Entró en casa vacía y puro vaso,
y ocupó de manera el aposento
que no le sacará elección ni caso.

Siempre amo, y Amor es tan sin tiento
y me bate con tanta pesadumbre
cuanto a selva cerrada crudo viento.

Cae el rayo, y amenázanos su lumbre
dentro en lo más oscuro del nublado,
y hierde en lo más alto de la cumbre.

Todo el pecho se halla aparejado
a sentir este fuego, mas no guarda
todo pecho el amor en un estado.

Haz tú, si me creyeres, buena guarda
sin acogello más de una semana,
que se hace mal huésped cuando tarda.

Como suele un espejo o cosa llana
recebir en la haz una figura
y tornarla a volver en sombra vana,

ansí muchos alcanzan tal ventura,
que cualquiera en su pecho se repara
sin atarse con una hermosura.

El ama, la doncella y la más rara,
todas hallan un norte y expediente,
y a todas recogéis con una cara.

Fama es, cuando mató la gran serpiente
Cadmó, que con esteva y aguijada
esparciese los dientes por simiente.

Vieras salir en medio del arada,
en un punto crecer hombres y arneses,
y producir la tierra gente armada.

Con agudas espadas y paveses
vinieron a encontrarlo de tropel,
amenazando tajos y reverses.

Cadmó, que vio la gente así cruel,
de ira y de furor llena y sangrienta,
tornar armas y pechos contra él,

no se olvidó el amor en el afrenta

ni quiso castigarlos con su mano
por no dar de sus obras mala cuenta.

Apartóse y dejólos en el llano;
ellos, como se ven de furia ardiendo,
cada cual se volvió contra su hermano,

tanto que, entre sí mismos combatiendo,
allí donde nacieron acabaron,
matando unos a otros y muriendo.

Los que de esta jornada se escaparon
le fueron siempre amigos cordiales
y en todos sus trabajos le ayudaron.

Y yo, en el hondo centro de mis males,
en el cielo sembré mis pensamientos,
de que nacieron penas inmortales.

Mis hijos me persiguen a tormentos
y traban entre sí brava contienda,
cada cual por vencer los sentimientos.

Dudosos pensamientos, ¿no hay enmienda
al daño que hacéis dentro en mi pecho,
ni puede la pasión volver la rienda?

Pensé haber acabado todo el hecho,
y que la llama ardiente de esta espada
era muerta aunque fuese a mi despecho.

De ella nació la guerra guerreada
que amor cría en el alma y la fecunda,
y sin mi muerte no será acabada.

Aquélla fue primera, ésta segunda,
de aquélla fue el principio mal cubierto
y ésta se cría en parte más profunda.

Tal hora piensa el hombre estar en puerto;
revuélvese del cielo un viento vario
y alcánzale en el mar hondo, desierto.

Tal hora nos engaña un letuario;
tenémosle por bueno y no se alcanza
cómo es en todo a la salud contrario.

No puede estar un cuerpo sin mudanza,
ni el tiempo suele estar todo sereno,
ni veréis en la mar siempre bonanza.

Cuando creí que estaba más ajeno
de cuidados de amor, libre y quieto,
y de viejo deseo sano y bueno,

vime por otra parte más sujeto,
tanto más cuanto más era velando
que amor no penetrase en lo secreto.

Sin saber por qué parte, cómo o cuándo,
descubrió contra mí su fuerza y maña,
y mis sentidos fueron de su bando,

tal que, si el sufrimiento no me engaña,
la llama que en mi pecho es ordinaria
sería en otro incomportable, extraña.

Yo querría que fuese voluntaria
por mayor gloria mía, mas no quiere
que sea sino a fuerza mi adversaria.

Haga fuego y amor cuanto quisiere
que, sobre fundamento y causa tal,
amor crece y el fuego nunca muere.

En esta parte me veré inmortal,
y llevaré del tiempo la vitoria
que yo puedo alcanzar de tanto mal.

Puede ser que te venga a la memoria,
señora, del engaño que pasaba
cuando por gloria dabas vanagloria.

Mi mal no es bravo, mas la causa es brava,
por ventura más brava que se piensa,
y el deseo ni cansa ni se acaba.

Sea hado o razón lo que dispensa
en fin yo sacaré de esta partida
la inmortalidad por recompensa,
que es la más larga y descansada vida.

